

Aragón, cuando las carreteras y los ferrocarriles lo surquen, el valle saldrá del aislamiento y pobreza a que se halla sometido, ya que no olvidemos, (y no es frase mía, sino de Ratzel el maestro de la moderna Geografía), que la ruta es el factor esencial de la conquista de la tierra, y el solo hecho del cambio, del mercado y de la riqueza de los pueblos.

Brevemente he molestado vuestra atención con todo cuanto os acabo de indicar. Que sirvan estas mal expresadas ideas como un homenaje a Navarra, la paternal tutera de la Valdonsella durante tantos siglos, como una expresión de mi satisfacción íntima por haber realizado, siquiera sea imperfectamente, el encargo que recibí de mi inolvidable maestro D. Juan Dantín, y que valgan como acicate y estímulo del trabajo concienzudo que nosotros, en relación con las fuerzas que contarnos, debemos de acometer: delimitar y estudiar todas las comarcas españolas.

Isidro *ESCAGÜES JAVIERE*

GUEVARA, BUSCADOR DE EPITAFIOS

El Ilustrísimo Señor Don Antonio de Guevara, Obispo de Mondoñedo y Cronista del Emperador Carlos V, dirigió al Almirante don Fadrique una extensa carta, fechada en Valladolid a 30 de Marzo de 1534, en la que contestaba a una misiva donde éste le solicitaba su consejo «para entender en su sepultura y ordenar el letrado que había de poner sobre ella».

La respuesta de Guevara (I), sabrosa y documentadísima —pues que cita al divino Platón y a Plinio, Horacio, Xenofonte, Homero y Pisítrato entre otros, censura con sutil ironía a aquellas personas que se mandan traer mármoles de Genova y alabastros de Venecia «no más que para hacerse una superba capilla y una rica sepultura, a do se sepulsen sus huesos y royan sus entrañas los gusanos». No es que reprusbe, sino ante bien lo admite y alaba, que se edifiquen buenas iglesias y basílicas, dotándolas de hermosos retablos, ricos ornamentos y cuanto se juzgue necesario para su boato y esplendor; pero, en lo que atañe a las sepulturas lujosas, no transige con ellas, teniendo por más seguro en el hembra su preocupación por llevar una honesta vida, que no prepararse una suntuosa y elegante morada para sus restos, porque «¡quántos pobres — dice— están enterrados en los cementerios cuyas ánimas están descansando en los Cielos, y cuántos están enterrados en ricos sepulcros cuyas ánimas están penando en los infiernos!»

Tomando pie en los aludidos postas y filósofos de la antigüedad, así como, muy especialmente, en los textos de San Jerónimo contra el heresiarca Joviniano, continúa nuestro esclarecido prelado ocupándose en su epístola del óbito humano, y de las extraordinarias ceremonias que realizaban los viejos pueblos con sus difuntos. De él aprendemos —por ejemplo— que, en tanto los masagetas, así que moría hombre o mujer, les sacaban toda la sangre de las venas para bebérsela luego sus parientes, por su parte, los

(1) Que hace el número LVIII de sus «Epístolas Familiares».

caspics, echaban los cadáveres en el fuego y después, reunidas las **cenizas** en un recipiente, se las tomaban mezcladas con vino, de modo que **las** entrañas de los vivos se convertían en los sepulcros de los **muertos**. Los **escitas** tenían la costumbre de no enterrar ningún hombre muerto sin **enterrar, al mismo tiempo**, a un hombre vivo, y en el caso en que nadie se prestase a ser sepultado voluntariamente, compraban un esclavo y lo inhumaban por la fuerza con el extinto. Eran sin embargo los bratos —pueblo sumamente bárbaro— quienes se llevaban la palma de la originalidad, puesto que curaban los cuerpos de sus difuntos como se cura la cecina, ahumándolos, y luego, de la misma manera que pudieran haberlo hecho con trozos de buen tocino, echaban pedazos de cadáver en la olla para darle gusto...

Mas abandonemos a Guevara en este su tema léirico y horripilante, y sigámosle, en cambio, en el de los epitafios funerarios que tanto le agraaa, ya que, como él mismo dice: «No puedo negar que, a manera de borracho que huele a do ay buena taberna, assí a mi se me van los ojos a do ay una sepultura antigua, para ver sí hallaré allí alguna letra que leer o algún letrado que sacar».

Vamos, pues, a escoger algunos de éstos de entre los graves, maliciosos, necios y graciosos que, a su vez, selecciona en su carta a Don Fadrique.

He aquí uno, latino, muy breve pero sabio, que descubriera en una sepultura, ya casi deshecha por la acción del tiempo, en la ciudad de Capua:

«Fui, non *sum*,
estis, non eritis».

Y este otro, en la de Gaeta:

«*Silvius Paladius*,
ut *mortens viveres*,
vixit ut moriturus».

Aunque conocida de todos los navarros la leyenda que figura en el sepulcro que contiene los restos de César Borgia en Viana, hago gala de su interpretación por parte del pastor franciscano a mis lectores, copiando textualmente el párrafo en que de ello se ocupa:

«En el año de M. D. xxiii. viniendo de Francia por Navarra, fuimos a oír Missa una mañana a una pequeña Iglesia, que estaba en un Lugar, que se llamaba Viana, no lexos de Logroño, y ví un epitafio sobre la sepultura del Duque Valentín, el qual no escriví, sino que le medio tomé en la cabeza, y pienso, que decía assi:

Aquí yaze en poca tierra
Al que todo le temía,
El que la paz y Ja guerra
Por todo el mundo hacía.
O tú, que vas a buscar
dignas cosas de loar,
si tu loas lo mas digno,
aquí páre tu camino,
no cure de más buscar>>.

Con respecto a los epitafios que pudiéramos calificar de castrenses, cuéntanos Guevara que, durante la guerra de Lombardía, murió un soldado español, el cual, a más de esforzado era medianamente rico. Enterrado por sus amigos en un lugar próximo a Voghera, escribieron éstas palabras sobre su tumba:

«Aquí yaze Campuzano,
cuya ánima llevó el demonio,
y la ropa eJ señor *Antonio*».

En Alejandría de la Palla, en Italia también, el propio cronista vió la sepultura de otro soldado adornada con esta inscripción:

«Aguí yaze *Horozco el Sargento*,
el qual vivió jugando
y *murió* bebiendo».

Cuando el autor acompañaba a Carlos V por tierras de Francia, enterraron a un soldado que, siendo muy pobre, había redactado un testamento comi si fuera rico. Sobre su fosa campeaban estas líneas:

«Aquí yaze Villandrando,
el qual yugó lo que no podía
y *mandó lo que no tenía*».

Otro curioso letrero que podía verse, escrito al carbón, en el enterramiento de un militar inhumado en la ciudad de Niza, rezaba así:

«Aqui yaze el *soldado Villoria*,
el qual mandó *el cuerpo a la Iglesia*
y *el corazón a la novia*».

Emplazada en lugar que calla, encontrábase la sepultura de cierta dama —parienta, por cierto, de nuestro Obispo—, sobre la cual figuraba esta pintoresca leyenda:

«Aquí yaze la señora Doña Marina,
que murió treinta días antes que
fuesse Condesa».

Con motivo de hallarse Guevara pidiendo limosna por tierra de Campos (era a la sazón el escritor humilde fraile mendicante), en un valle llamado de la Añoza y en una pequeña iglesia, fuéle dado observar este peregrino epitafio:

«Aquí yaze Pedro Calvo, zapatero,
maestro de obra prima
y *gran* pescador de Ja vara».

Siendo Guardián de la ciudad de Soria y con ocasión de dirigirse a predicar al campo de Gomara, se topó con un muy viejo enterramiento en el que podía leerse:

«Aguí yaze Juan Husillo Calvo,
el qual enseñaba a *nadar a los mozos*
y a *baylar* a las mozas».

Más adelante, ya Obispo de Mondoñedo, halló, en el Arcedianato de Trafanccs, en una iglesia vecina al mar, un antiguo mausoleo perteneciente a un hidalgo de la comarca, en el que estaban esculpidas estas palabras, tanto más sabrosas por hallarse redactadas en el dialecto de la tierra:

*"Aquí yaze Vasco Vello,
bonem hom e fidalgo,
que trazendo espada,
a ninguem macou com ela».*

Y por último, yendo de Custodio de su Provincia a un Capítulo Generalísimo, juntóse con unos religiosos portugueses de su Orden que iban también allá, entre los cuales se encontraba un Guardián de Santarém que, noticioso de la afición de Guevara por las cosas antiguas, le refirió cómo en su monasterio y sobre el sepulcro de un ilustre caballero portugués, podía verse este gracioso rótulo:

*«Aquí yaz Vasco Figueyra,
murto contra sua vountade».*

Nadie pondrá en duda que ésta es la mayor verdad que se ha dicho, pues no sólo Figueyra en su mausoleo, sino los Macabeos en sus pirámides y Ciro en su obelisco y Augusto cabe su columna, todos ellos permanecen soterrados muy en centra dé su voluntad, pudiendo asegurarse que lo propio ocurriría con el Almirante Don Fadrique, a quien Guevara escribiera en vida: «Da mala gana os dexarais vos tambien enterrar, aunque a la verdad vuestra Capilla es rica y la sepultura superba».

Esto de relacionar el humor con la muerte no es privilegio exclusivo de los pasado stiempos. También en los que corremos, unas veces con filosofía, otras rezumándose vulgaridad en lugar de sutileza, pero siempre ante la insensata confianza de hallarse el propio fin más lejano de lo que en realidad se encuentra, los humanos desentumecen con frecuencia su ingenio para fabricarle chistes a la muerte y a la serie de tristes circunstancias que la rodean.

No hace muchos días cayó en mis manos un programa divulgador de los festejos que habían de celebrarse este verano en un pequeño pueblo vizcaíno. Alternando con la relación de los diversos entretenimientos —carreras ciclistas, pruebas de bueyes, bailes, fuegos artificiales y partidos de pelota—, se insertaban en el folleto numerosos anuncios de empresas comerciales de la localidad, entre los que aparecía uno que, encabezado por sinistra calavera cruzada por dos tibias decía lo siguiente:

¡RASKAYÚ!

¿Cuando mueras qué harás tú?
Comprar un traje de madera en la
FUNERARIA BOLUMBURU
Zubiaga, 3 . Munguía

Pensamos fuera muy posible que este señor Bolumburu no se hubiera encontrado del todo mal conviviendo con los masagetas, los escitas y aún los bratos; y ¡quién sabe si se hubiese sentado gustosamente ante la mesa de los últimos para dar cuenta, en su compañía, del sazonado contenido de su humeante olla...!

Gabriel de *IBARRA*.

EL CARNAVAL EN TUDELA. — LOS CIPOTEROS

(Por Yanguas y *Miranda*).

La aproximación de esta época de locura, en que los hombres, aun los más serios, despojándose de su natural gravedad, se entregan a pesar suyo al culto y adoración del Dios Momo; las descripciones que del carnaval de Milán, de Roma y otras capitales he leído con tanto gusto en su apreciable periódico, y el artículo de costumbres provinciales inserto en el número 15 del año próximo pasado sobre la original función de «La bajada del ángel», que se celebra en esta vieja ciudad la mañana del Domingo de Pascua de Resurrección, con tanto criterio descrita en el tomo sexto del Semanario, me han movido a cortar mi desaliñada pluma, y entretener un rato de ocio en señalar a V. (por si gusta participarlo a sus lectores) otra de las costumbres, que ni el trastorno tís los tiempos, ni el flujo económico del siglo han sido poderosos a destruir, y que en nada cede en originalidad a la de la «bajada del ángel».

Si Milán ha conservado todavía algunos recuerdos de su antiguo lujo en el carnaval, sustituyendo los dulces y bombones con sus nevados de «coriandoli, en esta ciudad existe aun en toda su pureza la inmemorial costumbre de sus cipotéros», nombre con que se designa vulgarmente a los máscaras o disfraces quo en las tres tardes de carnaval recorren las calles más principales de ella. Sus trajes en general no tienen el mérito de la elegancia y del buen gusto, como que este no constituye el lucimiento del máscara. Un traje de marinero o de roncalés, de aldeano o de valenciano, una camisa de color ceñida por encima de un pantalón blanco con una faja encarnada, suelen ser las generalmente adoptadas. De su hombro derecho pende una blanca funda de almohada, que atada por una de las puntas de la boca y otra de las del hondón, queda debajo del brazo izquierdo. Su diestra empuña un grueso garrote de cinco palmos de largo, de cuyo extremo cuelga atada a una cuerda una gran bota con pelo, perfectamente henchida de aire, arma de defensa y requisito indispensable del cipotéro. El más elegante, el que más se luce es el que más veces ha entrada en casa del confitero a llenar su funda de almohada, cuyo peso le abrumba, y que bien pronto se aligera al llegar frente a los balcones de sus familias, o, a los que ostentan la gracia de las ninfas por quienes suspiran los jóvenes de cada cuadrilla. Aquí es de ver el fuego graneado de papeletas, dulces sueltos, peladillas y bombones que se dirigen a sus hermosos rostros, ataques de que más de uno de ellos que no tiene la precaución de retirarse, suele salir lastimado.

Mientras los unos se afanan en introducir los cucuruchos en los balcones, los otros descargan sendos botazos sobre los muchachos, mujeres y